

Trágico atardecer en Arrecifes

Elite, 1951-03-03.

Vale la pena referir las incidencias del viaje. Aunque sea a grandes rasgos. Irán surgiendo solas las notas de dolor y confusión que queremos destacar. De tan repetidas, algunas palabras han perdido valor. Vienen siendo tan frecuentes las inundaciones y los derrumbes que ya falta poco para considerarlos como un mal menor. Y lo que ocurre es muy grave. El mal no puede localizarse aquí o allá. Se mencionan, sí, puntos conocidos, lugares de alguna importancia. Pero por esos cerros quedan cruces que no se mentarán siquiera. "¿Que lo vieron todo?" –nos decía con aire socarrón un anciano de Mamo, cuando veníamos ya de regreso. "Para eso hace falta que les acompañe quien conoce bien esos cerros, y que les señale los lugares donde antes había un rancho y vivía una familia, dos familias...". Y me dió mucho qué pensar el aire apesadumbrado conque el buen anciano hablaba de los "papeles".

Salimos de La Carlota a las 2 de la tarde. No había volado antes sobre Caracas y nunca sospeché la existencia de ese enorme cinturón de ranchitos grises y aplastados sobre los cerros que circundan el casco de la capital. Aparecen colgados en lugares inverosímiles, sobre las quebradas arañadas por el agua, perdidos en el fondo de los barrancos. Y uno experimenta la misma sorda angustia de esos seres que tiemblan sólo con la amenaza de lluvia. El carro que nos ofreció llevarnos hasta el puente sobre el Mamo tuvo que dejarnos en La Zorra. Frente a las plantas de la Shell y la Creole, la carretera era un enorme pantano. Dentro se revolvían inútilmente en un mar de lodo, varios vehículos. "¿A Arrecifes?... Tendrán que ir caminando". Pero antes de llegar a Catia la Mar nos alcanzó un "jeep". Dentro venía un matrimonio extranjero. Los dos estaban embarrados hasta las orejas. Seguramente alguno de los carros que logró salir del pantano de La Zorra. Digo que seguramente porque no pudieron contestar a nuestras preguntas ni nosotros comprenderles nada. Podían ser croatas o lituanos. Nos entendimos por señas, y hasta nos pareció que comprendían nuestro propósito de llegar a Arrecifes. A Jacky se le pasó el susto que le causó la amenaza de tan largo viaje a pie, y se quitó sus sandalias. Apenas avanzamos medio kilómetro cuando el "jeep" tomó un camino lateral. Calculé que sería un rodeo para eludir Catia la Mar y hasta acosa el puente del mamo. Pero después de trepar por aquel cerro brincando como una cabra llegamos a una pequeña quinta y, sin más ceremonias, se coló el "jeep" en el garage. Con la mejor de las sonrisas nos invitaron a entrar en su casa. Allí recogieron a su hijito, y se plantaron delante de Jacky posando para una fotografía... ¡Yo no sé lo que pudieron entendernos! Nosotros tuvimos que rehacer el viaje a pie. Y, por supuesto, les retratamos. En el mismo rollo vinieron impresas las imágenes de este ingenuo matrimonio que quería retratar a su niño, y los trágicos cuadros de Arrecifes...

En Catia la Mar nos recomendaron que regresáramos, porque "la carretera estaba borrada". Más adelante, tres niños, de unos nueve, siete y cinco años, empujaban

trabajosamente una carretilla: "está tó sellao aquello", nos decía el mayor. "Puro cardón va a ser aquello. Nosotros estamos cargando arena para acomodá el rancho. Se lo llevó el agua... ¡Que nos retrate, dile que nos retrate! –le decían los dos chiquitines al mayor.

Cerca del Cuartel "Polvorines" estaba la carretera cortada a trechos. Los cerros se desmoronaron como se derrumba un montón de arena. Tractores y herramientas se afanaban por despejar la vía. "La tormentazón empezó como a las nueve y media"... –nos explicaba uno de los que perdió su rancho–, "allá, en el cerro". "Aguacero va y aguacero viene. Palo de agua y palo de agua"... y aquel hombre repetía las voces como un quejido, como si aún le estuvieran cayendo encima los frágiles muros de su casita...

El puente sobre el mamo está partido en dos. Aún no había sido estrenado siquiera. Era "nuevecito". La pila central está inclinada y hundida. Al quedar sin asiento, el piso del puente quedó con uno de sus extremos sobre el lecho. El trozo de carretera que va de aquí a Arrecifes está intransitable. Optamos por seguir el curso del río, por la orilla izquierda, hasta El Desagüe. Aquello es un verdadero pantano. Para cuando nos dimos cuentas nos hundíamos en la arena movediza. Un soldado nos alertó con pitadas, indicándonos terreno más firme. El lecho del Mamo en este trozo parece el estuario de un enorme río en época de sequía. Ha abierto la desproporcionada avenida de su crecida, se ha llevado todos los ranchitos de sus orillas, y ha vuelto humildemente a su caudal después de abrir la terrible herida.

Desde El Desagüe comienza el cerro. A veces siguiendo pequeños senderos; otras, pisando huellas de pasos recientes aún frescas en el barro. Aquí un ranchito con una de sus paredes todavía en pie. Allá el frágil techo pegado a la tierra, como si nunca hubiera habido nada más. Y nadie llorando la desgracia. Las familias abandonaron el lugar en busca de albergue en otros ranchos, en otras casas, que acaso se derrumbarán mañana. Y aquí noticias de un muerto, y allá de dos heridos...

Hasta llegar a Arrecifes hay que bajar y subir varias quebradas que dan a pequeñas playas, llenas de maderas y troncos de árbol que han venido viajando sobre las violentas aguas de las crecidas camino al mar. Un italiano recoge cocos que flotan en el agua, elije los buenos, y los va guardando en un saco. "Sut parayá", nos dice señalando el próximo cerro. Y se lamenta en un castellano macarrónico de la desgracia de Arrecifes. Estos dos que trabajan juntos al final de la playa son criollos. Ellos van recogiendo de la orilla, maderas y troncos para rehacer sus casas. La playa está llena de estos deshechos. Parece el cementerio de un enorme bosque. El mar devuelve al hombre, como si se arrepintiera de su dureza, los materiales que le arrebató el agua para ofrendárselos al mar...

A Arrecifes llegamos a las cinco y media. La playa está llena de una extraña espuma blanca. La pleamar ha dejado en la orilla una capa blanca, como si fuera de nieve. Es petróleo de uno de los enormes tanques que reventó el agua en la planta. El petróleo que brilla negruzco y sucio en tierra, parece espuma cuando las olas baten contra los arrecifes de la costa.

"¡Mamá!"...

La hilera de ranchitos y casitas de Arrecife está silenciosa, muda. Restos de lanchas, pipotes, pedazos de madera están cubiertos de petróleo negro y maloliente, pegados a la orilla. Apenas se mueve el mar. Grupos de hombres cabizbajos, extenuados, sucios, llevan o traen corotos sin decir una palabra. En el único botiquín abierto, un grupo de hombres demacrados comen galletas de soda con algún alimento de conserva. En Arrecifes no hay agua, ni pan; ahora, cuando oscurezca, faltará la luz. En previsión, hay dos velas sobre la mesa que ocupan los clientes, y otra sobre el mostrador.

El edificio de la planta está lleno de herrajes, de lodo y de troncos de madera. Un tanque de petróleo está inclinado y medio hundido en el fango. Sobre él asoman sus cabezas de hierro una grúa, la polea de un bulldozer y el tubo suspendido de un perforador. "Aquí debe haber como unos seis metros de fango". Es Atanasio Pérez, el guarda que estaba de turno anoche, cuando la crecida, quien todavía no ha podido abandonar el lugar. El nos acompaña por la planta, por los lugares donde antes estaban los talleres y algunos departamentos más que han quedado enterrados. Encima del edificio hacia el cerro, parece aquello un terreno acondicionado para jugar al fútbol. Y, sin embargo, en los talleres asentados aquí trabajaban más de 300 obreros. Debajo de esta capa de lodo está enterrada Casimira Rivas, la cocinera del Restaurant de la planta, la única que no pudo ser rescatada. Tenía 42 años: su marido, Norberto Domínguez, está herido en La Guaira. Junto a ellos había algunos más en el Restaurant... Atanasio Pérez nos señala un grupo de personas que caminan a tientas sobre el piso de fango. "Es la familia de José Luis Ugueto, el dueño del Restaurant". Ya es de noche. Y mientras caminamos hacia los Ugueto, Norberto Domínguez, el guarda de la planta que estaba de turno, nos cuenta cómo sucedió la catástrofe.

Empezó a llover a las 9 de la noche. Nadie se alarmó hasta las once y media. El agua que bajaba de la quebrada venía pegada al contrafuerte izquierdo, como siempre que llovía duro. En la quebrada de Arrecifes no desemboca ningún río de curso normal. Sólo viene agua cuando llueve con insistencia. El Restaurant de José Luis Ugueto estaba detrás de la planta y los talleres, como una avanzada sobre la quebrada. Allí estaban en conversación los esposos Rosendo, con sus hijas María Luisa y Margarita, de 12 y 7 años; Margarita Liota, de 15 años, Norberto Domínguez, de 58; su esposa Casimira, la cocinera del establecimiento, de 42; Basilio Escobar, de 21, José Luis Ugueto y el guarda tenían alguna inquietud e inspeccionaban los alrededores. La fuerte lluvia tamborrea sobre los techos de zinc coarrugado de los talleres, y el curso de las aguas que bajaban de la quebrada sacaba cada vez más ruido. Poco después de media noche se escuchó un terrible estrépito, y le siguió como un eco otro fragoroso de algo terrible que se había puesto en marcha... Domínguez y Ugueto apercibieron entonces la montaña de agua que bajaba del cerro. No tuvieron tiempo de nada. Apenas abrieron la puerta del establecimiento para alertar a la gente cuando casa, talleres y agua se mezclaron formando una montaña que iba camino del mar, cubriéndolo todo. A ellos el agua los lanzó hacia el cerro, y con algunos aporreos llegaron a la orilla. Algunas personas se debatían entre aquel enorme mar de fango y fueron socorridas a tiempo. Aún alumbraba la Planta y podían divisar algo. Se escuchaban gritos y los hombres de

Arrecifes llegaron a la quebrada para ayudarles. Pero la planta se paralizó media hora más tarde. Las calderas de la planta térmica podían explotar de un momento a otro. El río de fango destrozó los transformadores y anegó toda la maquinaria de la planta. Y la terrible oscuridad vino a agravar la situación. Faltaba gente, se escuchaban gritos y no se veía nada.

Poco a poco fueron rescatando algunas víctimas. A las cinco y media de la mañana, cuando empezó a amanecer, sólo quedaban dos por encontrar. La cocinera Casimira Rivas y la niña Margarita, de 7 años. Sólo se oían los desgarradores gritos de ¡"Mamá!"..., cada vez más débiles, de la niñita. No se oía nada más. La lluvia había cesado ya, y el fango se había asentado en toda la superficie de la quebrada cambiando totalmente su aspecto y enterrando todo. Seguía oyéndose el grito de ¡"mamá"!, sin poder localizar a la pequeña. Aquellos momentos de terrible angustia duraron lo inconcebible. Era tal la confusión de hierros retorcidos, pipotes, troncos de madera, cabillas y vigas, que se hacía imposible abrirse paso.

Hasta las siete no pudieron localizar a la pobre niñita, que llamaba a su madre con tanta insistencia. Fué la última víctima rescatada. Aún quedó otra que no pudo ser salvada: Casimira. La pobre cocinera quedó enterrada. A pesar de las labores de rescate no pudo ser hallada. Hará falta cavar más de dos metros de profundidad, a trechos más, para descubrir el piso anterior y acaso hallar a la pobre mujer. Los demás heridos fueron conducidos a La Guaira en una lancha. La embarcación sufrió un desperfecto en la bomba, y el viaje, que ordinariamente cuesta una hora y cuarto de tiempo, se prolongó durante casi cuatro. La niñita, gravemente herida, sufría intensamente en el trayecto. Después nos dijeron que había muerto. Su mamá, Luisa Barreiro de Rosendo, tuvo que ser operada de urgencia y está grave. El estado de los demás heridos es mucho mejor.

La causa

Era raro que en una quebrada donde no hubiera un curso normal de agua tuviera una crecida tan inesperada y de tan descomunales proporciones. Visitamos al Intendente de la Planta, que vive en una casita muy cerca de los tristes acontecimientos. El nos explica que entre tres cerros que están a la cabecera de la quebrada, forman un embalse natural, una hondonada, donde las últimas lluvias han depositado una enorme cantidad de agua. La lluvia de la noche del sábado colmó el embalse natural y bajo la presión del agua cedió uno de los cerros, vertiendo en pocos minutos con su descomunal fuerza, la enorme cantidad de agua acumulada allí durante últimas fuertes lluvias. La planta tenía proyectada la construcción de un contrafuerte, pero el agua se adelantó a los proyectos. La planta térmica de Arrecifes es la más importante de su género en Venezuela. Trabajaba a una presión de 600 kg. por cm². Faltaba la colocación de una máquina, pero aún la planta tenía una capacidad de 25.000 KV. Dispone de un embalse de agua que se recoge del Mamo. La refrigeración principal se lleva a cabo con agua de mar. En la playa hay una importante instalación destinada a este objeto. ¿Daños? No puede calcular. Hace falta que venga un experto para dar una cifra.

La Cía. Electricidad de Caracas ha sufrido una gravísima pérdida. Pero todo puede recuperarse excepto la vida perdida, la esposa desaparecida, la hijita muerta...